

cada disciplina empleando un *lenguaje pastoral* y transmitiendo el *gusto espiritual*.

b) En la primera parte resultan interesantes las tres dialécticas de una espiritualidad de la acción: la fuente interior - la actividad externa, los dinamismos donativo y receptivo, la circularidad entre la oración y la acción, expresadas con cuadros muy gráficos (págs. 19, 21, 41, 43). En la segunda se presenta uno de los desarrollos teóricos más originales al pensar “la encarnación mundana de la espiritualidad” (p. 101), o sea, el hundir el camino de la vida espiritual en la tierra de la propia cultura, siguiendo la lógica de la Encarnación y el modelo de Jesús (pás. 112, 114). En esta línea se piensa el “dinamismo bipolar” de la “*espiritualidad inculturada*” (págs. 124, 131) con sus dos momentos inseparables: el movimiento donativo y centrífugo llamado *reexpresión* (p. 117) y el proceso receptivo y centrípeto denominado *introculturación* (p. 121). Hay aquí valiosos aportes para una espiritualidad inculturada, es decir, encarnada en la cultura de un pueblo particular, junto con otros acerca del crecimiento en la vida mística y de los nuevos ámbitos espirituales.

En la tercera parte el discurso se torna más “concreto” al pensar las múltiples relaciones entre la es-

piritualidad del fiel cristiano y su acción en la cultura. Fernández piensa sobre todo en los laicos y laicas (p. 191) ofreciendo una espiritualidad de la vida activa (p. 192) aunque no omite consideraciones acerca de las espiritualidades específicas del ministerio sacerdotal y de la vida religiosa (pás. 224-238). El punto común a las distintas formas de espiritualidad evangelizadora que analiza en la última parte es considerarlas como un “peculiar modo de amar” que configura “*una modalidad específica del ser espiritual que se vive en la propia misión*” (p. 192). A partir de aquí despliega *diversos modelos de espiritualidad encarnada* en los que, de forma coherente con los principios teóricos asentados en las dos primeras secciones, piensa la cultura espiritual propia que adquiere la vida del Espíritu en una acción encarnada culturalmente. Señalo como único ejemplo las bellas páginas dedicadas al “encarnarse hablando” que corresponde a la densidad espiritual de una *espiritualidad de la predicación* (págs. 239-253). Allí se nota otro valor del este texto para quien busca una *espiritualidad pastoral* en la senda ya trazada por Pablo VI en el último capítulo de la exhortación *Evangelii nuntiandi* al proponer una mística de la evangelización (EN 74-80) y seguida por otros documentos posteriores. Fernández

insiste en que muchas acciones de la vida personal y comunitaria son “*un acto fuertemente espiritual y pastoral al mismo tiempo*” (p. 251).

Es imposible en este breve comentario indicar todas las riquezas de *un texto muy meditado*, que ciertamente constituye *uno de los libros más logrados del autor*. Sus innumerables reflexiones, observaciones, perspectivas, temas, aplicaciones, ejemplos y sugerencias brindan *una exposición orgánica de una teología espiritual verdaderamente encarnada*. Más allá de lo opinable de algunas posiciones y de lo perfectible de todos los temas, la obra resulta un *verdadero aporte original* a la teología espiritual especial y a la espiritualidad pastoral encarnada, escrito desde, en y para la Argentina. Esta publicación de San Pablo prestigia al autor, al editor y a nuestra Facultad, la que procura mejorar la calidad de su tareas de investigación, enseñanza y extensión teológicas al servicio de la vida espiritual y de la acción pastoral del Pueblo de Dios en nuestra situación histórica-cultural.

Con alegría expreso mi gratitud a Dios por el don que nos ha hecho en el carisma del P. Fernández y le agradezco también a él por este inteligente, generoso y hermoso libro.

CARLOS MARÍA GALLI

---

PABLO BLANCO, *Joseph Ratzinger. Una biografía*, Pamplona, EUNSA, 2004, 203 pp.

---

U nos meses antes de la elección del cardenal Ratzinger como Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, el doctorando en teología y Doctor en filosofía Pablo Blanco de la Universidad de Navarra emprendió la redacción de una biografía del entonces prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, sin prever que el libro sería editado en vísperas del inicio del Pontificado de Benedicto XVI.

La tarea emprendida por el mencionado filólogo ha sido cuidadosamente desarrollada, ya que Blanco ha leído detenidamente la mayoría de las obras de Ratzinger, seleccionado párrafos autobiográficos para narrar su vida y otros considerados “claves” para seguir el desarrollo de su pensamiento, obteniendo un completo panorama de su “vida y obra” completado con información de las escasas biografías a esa fecha, y cubriendo con creces el interés despertado en los últimos meses respecto a su persona.

No parece excesivo en estas circunstancias históricas recordar que Ratzinger nació el 16 de abril

de 1927 –un sábado santo– en el pueblito alpino de Marktl am Inn. Su padre fue un *Germandarmer-kommissar* de la policía rural, profundamente religioso y claramente opositor al crecimiento del nacional-socialismo, actitud que le valió continuadas mudanzas en la región bávara. Su madre fue una buena cocinera tirolesa que había trabajado en pequeños hoteles. El cardenal tuvo dos hermanos mayores: María –que le acompañó hasta su muerte y Georg, ordenado sacerdote el mismo día y un excelente músico en Baviera, gusto que junto con la liturgia también interesó al actual Papa.

El propio Ratzinger narra en *Mi vida* (edic. cast. Madrid, Encuentro, 1997) su movilización forzosa en 1941 –alrededor de los dieciséis años– que le obligó a defender al III Reich en una batería antiaérea, a cubrir trabajos forzados, a desertar del cuartel de infantería en Traunstein y, ocupada Alemania, a ser internado en un “campo de concentración aliado” en Bad Aibling hasta su liberación, a los dieciocho años de edad. Esta circunstancia le permitió regresar al seminario de Frisinga, donde entró en contacto con la teología de Romano Guardini (*El espíritu de la liturgia*), cuya “teología de la cultura”, juntamente con las de De Lubac, Daniélou y Von Balthasar

marcaron las líneas teológicas de su actual pensamiento. El encuentro con este último “marcará de modo profundo la vida y la teología de Ratzinger” (p. 107). En este aspecto cabe hacer notar que el actual Papa es esencialmente un agustiniano, como él mismo lo expresara ya en 1969: “Agustín me ha acompañado durante más de veinte años. He desarrollado mi teología dialogando con Agustín, aunque naturalmente he intentado sostener este diálogo como un hombre de hoy” (cf. p. 49).

Completados sus estudios en el *Georgianum* de la Universidad de Munich fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1951, en una época de acentuada efervescencia teológica– como él mismo expresa– y, después de algunos meses de tarea pastoral en la propia ciudad de Munich, el obispo decidió favorecer su inclinación intelectual, comenzado –según la expresión de su hermano– una “veloz y extraordinaria carrera académica” (cf. p. 63). Doctorado en teología en 1953 con un tema vinculado a san Buenaventura, conoció al teólogo Karl Rahner –entonces un profundo renovador– y éste le recomendó para la cátedra de Teología fundamental en la Universidad estatal de Bonn, donde permaneció diez años. Es sabido que “El joven Ratzinger irá ocupando con el tiempo distintas

cátedras en diferentes universidades alemanas. Será ésta su vocación: estudiar, dar clases, investigar, publicar. No olvidaba por eso su condición sacerdotal” (p. 71). En cuanto a su capacidad docente un estudiante afirmaba que “tenía la habilidad de expresar una tremenda erudición en términos que los no iniciados podían entender” (cit. p. 71). Más adelante ocupará la cátedra de Teología dogmática en Münster (1963) y a sugerencia del últimamente renombrado Hans Küng la segunda cátedra de Dogmática en Tubinga, donde conoció a Ernst Bloch y fue Decano. Su contacto con otros estudiosos, con los estudiantes y la realidad le hizo escribir “Es cierto que yo opinaba que la teología escolástica, tal como se presentaba, había dejado de ser un buen instrumento de diálogo entre la fe y nuestro tiempo. En esta situación, la fe tenía que abandonar el viejo *Panzer* y hablar un lenguaje más actual: tenía que mantener una actitud diferente” (*La sal de la tierra*. edic. cast. Madrid, Palabra, 1997, p. 71).

Su vida tuvo un giro importante cuando, en vísperas del Concilio Vaticano el semi-ciego cardenal Frings, arzobispo de Colonia asistió a una de sus conferencias teológicas y resolvió llevarlo como uno de sus ayudantes-consejeros. Allí Ratzinger entró en contacto

con los más importantes teólogos “renovadores” de su tiempo y participó en reuniones y actividades paralelas al Concilio, destinadas a influir en una “visión reformista”. Resultado de ello fue, entre otras cosas, la publicación de la revista *Concilium* en 1965. Más adelante escribió “La redacción pretendía ser una especie de concilio permanente de teólogos, que casi gozaban de su misma infalibilidad” (*Teoría de los principios teológicos*, p. 459). Alrededor de 1973 y en torno a Von Balthasar, De Lubac y don Giussani –el fundador de “Comunión y Liberación” nació una nueva revista *Communio*, en cuya fundación también participó el actual Papa, aclarando: “No soy yo el que ha cambiado, han cambiado ellos” (*Ser cristiano en la era neopagana*, Madrid, Encuentro, 118)

Como es sabido poco más tarde –probablemente por la experiencia traumática de la “revolución estudiantil” de 1968– se separó de la línea teológica emprendida por Rahner afirmando que aquel sostenía “una teología especulativa y filosófica en la que, al fin y al cabo, Escrituras y Padres no desempeñaban un papel serio y en la que la dimensión histórica era poco importante” (*Mi vida*, p. 83). El mismo sostiene que en una conferencia pronunciada en la

Universidad de Münster en 1966 “lanzó la primera señal de alarma” (p. 98) sobre “la verdadera y falsa renovación de la Iglesia”.

Aprovechando el “año sabático, en 1967, en Tübinga, escribió una de sus obras más difundidas: *Introducción al cristianismo* “traducido a diecisiete lenguas (en cast. Salamanca, Sígueme, 2001) y reeditado muchas veces, no sólo en Alemania, y que continúa siendo leído” (p. 102). Al poco tiempo volvió a sus gustos más “provincianos” ya que fue designado profesor, decano y luego vice-rector de la naciente Universidad de Ratisbona (Regensburg). En esa ocasión “llegará a tener un prestigio internacional. Es esa época cuando es elegido asesor de los obispos alemanes y miembro de la Comisión Teológica Internacional” (p. 106) comisión que –según el mismo Ratzinger– intentaba convertirse en “un contrapeso de la Congregación para la Doctrina de la Fe” (*Mi vida*, p. 119).

En 1975, a diez años del concilio, “ve la Iglesia dividida en facciones, los seminarios y los conventos vacíos, la confusión caminando por sus respetos”. “No: ver los hechos tal como son no es pesimismo, sino realismo, Solo así cabe preguntarse a continuación por el significado de estos hechos, de dónde proceden y cómo salir al

paso de estos” (*Teoría de los principios teológicos*, Barcelona, Herder, 1985, 443). Mientras tanto no abandonaba su trabajo teológico y concluía su *Escatología*, que él mismo considera su obra “más elaborada y cuidada” (*Mi vida*, p. 126)

El 28 de mayo de 1977 –en un día hermoso, como el recuerdo de todos los acontecimientos importantes de su vida– fue consagrado “inesperadamente” obispo de Múnich y Frisinga en reemplazo del sorprendentemente fallecido cardenal Döpfner, eligiendo –muy simbólicamente– como lema: “Colaborador de la verdad” y en su escudo –que conserva como Obispo de Roma– el mítico oso de Frisinga, “con su carga auestas” (Cf. *Mi vida*, p. 131/3). Un mes más tarde –antes de cumplir cincuenta años– la diócesis le valió el cardenato, participando activamente en los cónclaves que eligieron a Juan Pablo I y a Juan Pablo II. Éste –a quien conoció en el sínodo de 1977– le convocó a Roma en 1980 como relator del sínodo de obispos sobre la familia cristiana y el 25 de noviembre de 1981 –tras la promesa papal de que podría seguir sus investigaciones teológicas– fue designado prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y a la vez –no casualmente– presidente de la Pontificia Comi-

sión Bíblica y de la Comisión Teológica Internacional, cargos que desempeñó –pese a sus reiterados intentos de jubilación– hasta la muerte de Juan Pablo II, con quien se encontraba para trabajar todos los viernes por la tarde.

Sobre su estadía en Roma resulta de interés la síntesis de Torielli cuando describe con claridad: “Joseph Ratzinger es un típico intelectual bávaro, profundamente vinculado a su tierra de origen. En Roma no hace demasiada vida social, también porque su trabajo es pesado y absorbente...Habla varias lenguas y cuando tiene que examinar un texto acude siempre a la lengua original, no fiándose nunca –por lo delicado de los asuntos tratados– de las síntesis o de las traducciones preparadas por otros. Quien quiera encontrárselo basta con que se sitúe en torno a las nueve de la mañana, en la plaza de San Pedro. De casa a la iglesia y a la congregación (y vuelta): es uno de los purpurados que pasa más tiempo en Roma, también durante las fiestas, que son una ocasión de oro que otros aprovechan para volver a sus países de origen. Gran aficionado a la montaña, Ratzinger disfruta caminando durante las vacaciones, que habitualmente pasa con su hermano en las montañas salzburguesas o en Bressanone, en el Tirol (italiano).

Con monseñor Georg Ratzinger, el cardenal comparte una vieja pasión por la música. Durante los días de fiesta él mismo se sienta frente al piano” (cit. p. 131).

El prestigioso “vaticanista” Vittorio Messori agrega: “A su sentido del humor añade otra característica que contrasta con ese cliché de “inquisidor”: su capacidad de escuchar, su disponibilidad para dejarse interrumpir por su interlocutor y su rapidez para responder con franqueza total a cualquier pregunta, sin importarle que el magnetófono siga funcionando” (cit. p.131).

Su experiencia en Roma –y especialmente en la Curia– le hizo observar con gran franqueza: “La realidad de la Iglesia concreta, del humilde pueblo de Dios, es muy diferente a como se la imaginan esos laboratorios en los que se destila la utopía” (*Informe sobre la fe*, 24). Este célebre informe-entrevista, coordinado por Messori, refleja detalladamente la opinión del cardenal Ratzinger sobre diversos aspectos de la Iglesia en su tiempo (ed. cast. Madrid, B.A.C., 1985) que nos permiten inferir la perspectiva eclesial del hoy Benedicto XVI: “Resulta evidente que los últimos veinte años han sido decididamente desfavorables para la Iglesia católica. Los resultados que se han seguido del concilio parecen



oponerse cruelmente a las esperanzas de todos, empezando por las del Papa Juan XXIII y, después, las de Pablo VI. Los cristianos son de nuevo minoría, más que en ninguna época desde la antigüedad. Los papas y los padres conciliares esperaban una nueva unidad católica y ha sobrevenido una división tal que –en palabras de Pablo VI– se ha pasado de la autocrítica a la autodestrucción. Se esperaba un nuevo entusiasmo y ha terminado con demasiada frecuencia en el hastío y el desaliento. Esperábamos un salto hacia delante, y nos hemos encontrado ante un proceso progresivo de decadencia que se ha desarrollado en buena medida bajo el signo del <espíritu del concilio>, provocando de este modo su descrédito” (*Informe sobre la fe*, 35 y 36) y agregaba “La catequesis no puede seguir siendo una enumeración de opiniones, sino que debe volver a la certeza sobre la fe cristiana con sus propios contenidos, que superan con mucho las opiniones reinantes (idem, 160). La respuesta a este clima fue la redacción del *Catecismo* a propuesta del cardenal Law, entonces arzobispo de Boston.

Otros de los temas que apasionaron a Ratzinger desde su juventud fue el tema litúrgico, motivo de varios escritos suyos. En el último (*El espíritu de la liturgia*, 2000. edic. cast. Cristiandad, 2001)

–donde se nota la influencia de Guardini– retoma la necesidad de una revisión cristocéntrica de las reformas litúrgicas postconciliares.

De una lectura cuidadosa del libro de Blanco también parecen surgir con nitidez las preocupaciones básicas de Ratzinger, elaboradas ya en tiempos del Concilio Vaticano II y que permiten intuir las líneas claves de su Pontificado; “uno de los temas que más le interesaban fue –lógicamente– la colegialidad de los obispos, de la que se había ocupado unos años antes. Se trata –sostenía– de que los obispos no solo vivan una “colegialidad vertical” con Pedro, sino también la “horizontal” con los demás obispos e iglesias particulares. Respecto al ecumenismo, “Ratzinger pensaba en un futuro ecuménico, en el que las iglesias separadas pudieran reunirse en la comunión católica –sin por esto quedar absorbidas– como formas de la única comunidad visible de Cristo sobre la tierra”

(p. 87). Y nuestro autor interpreta: “Más que un progresismo o un *aggiornamento* ingenuo y acrítico, los ideales que movían a Ratzinger coincidían más bien con el *ressourcement*, con la vuelta a las fuentes que ya habían propuesto los teólogos franceses para dejar así al cristianismo libre de adherencias posteriores y extrañas>”

(p. 87/8). Más adelante agregaba el cardenal: “...el encuentro entre las religiones no puede darse con una renuncia a la verdad, sino con su profundización. El escepticismo no une, ni tampoco el pragmatismo. Estas dos posiciones lo único que hacen es abrir la puerta a las ideologías que, después, se presentan todavía más seguras de sí mismas” (*La Chiesa, Israele e le religioni del mondo*, 2000, 5).

Como historiador no podemos dejar de señalar algunos errores como por ejemplo que Federico II no fue apodado “barbarroja” sino Federico I (p. 12).

La obra concluye con un sumario (p. 169/73) que resume aspectos básicos de la vida del cardenal Ratzinger y se completa con una útil cronología –que incluye sus publicaciones– y una nómina de sus libros editados en castellano (cincuenta y uno), con referencia –en cada caso– a la editorial y fecha.

A manera de conclusión señalemos que el autor ha logrado mostrar nítida y documentadamente la figura del Papa a través de sus escritos, manteniéndose en un cuidadoso segundo plano que se aprecia en la ausencia casi total de sus opiniones personales.

FLORENCIO HUBEÑÁK

HEINZ-JOACHIM FISCHER, *Benedicto XVI. Un retrato*, Barcelona, Herder, 2005, 196 pp.

**P**odríamos comenzar esta reseña observando que, en alguna medida, este libro de un periodista alemán acreditado en el Vaticano, doctor en filosofía y licenciado en teología, completa el anterior, con las características típicas de la urgencia que implicaba publicar una biografía del recién elegido Papa.

El autor, de manera bastante desordenada –o precipitada–, intercala aspectos de las predicciones (cf. p. 84) –algunas hoy desvirtuadas por nuevas informaciones– de la elección de Benedicto XVI con datos biográficos de su vida anterior. La mayoría de éstos reiteran la información de Blanco –en la obra anteriormente reseñada– pero con mucha menos fundamentación.

El estilo de Fischer es mucho más atractivo –pero menos objetivo– en la medida que se compromete y mecha la narración con observaciones personales –a veces jugosas– sobre actitudes de Ratzinger, especialmente como *Panzerkardinal* durante su paso por la Congregación de Doctrina de la Fe, que le valiera tantas críticas dentro de la Iglesia. Así, su actitud ante la teología de la Liberación, el